

POESÍA de Raquel Cortés

Los monstruos de mi cabeza

Ojalá pudiera quitarme la inseguridad de un plumazo,
dejarla atada en el espacio,
o enterrarla bajo tierra.
Es la niebla que cubre tus ojos,
no te deja ver con claridad lo que piensas.
Es una continua pregunta,
una mañana en la que te pesan las ojeras.
El miedo se expande rápido,
es una pandemia.
Estás infectado,
te aíslas,
sin haber cura,
ni existir vacuna.
Miles de personas caen en ella.
Es contagiosa,
pero se lleva en silencio,
por si te apartan por tenerla.
No nos protege una mascarilla,
ni nadie aplaude en los balcones a los psicólogos que nos ayudan a no padecerla.
No tiene nombre científico,
ni hay duda sobre el determinante que precede.
Dijeron que esto nos uniría,
que saldríamos mejores,
pero son sólo habladurías.
No hemos mejorado,
la sociedad sigue ciega.
Queremos seguir mirando a otro lado,
sin tender la mano al ser humano que de amor se alimenta.
La falsa positividad es la nueva cepa.
Ojalá pudiera dejar de ser abogado de mis demonios,
dejarlos encerrados en una jaula con cuerdas.
Que los monstruos de mi cabeza no tienen ni idea de mis capacidades
como para creerles a ciencia cierta.

Nudo

Tengo un nudo en el pecho,
necesito hacerlo bola,
convertirlo en escritura,
y llorarlo.
Mi fórmula para sacarlo es fácil,
le doy forma,
hasta que lo expulso de mi cuerpo.
Un parto doloroso,
sin epidural,
pero con ganas de verle la cara a la tranquilidad.
Tenerla en brazos,
cantarle una nana,
como agradecimiento a haber llegado.
No ha aparecido sola,
no se da porque sí.
Es un fenómeno que ocurre cada tiempo,
como un cometa que pasa una noche de verano.
Me tiemblan las manos,
el corazón va tan rápido,
que parece salir disparado.
Las lágrimas brotan de mis ojos,
una mezcla de rabia y tristeza se dan la mano.
El mundo es un lugar injusto,
tanto como complicado.
Dicen que los sueños no hay que abandonarlos.
Mis sentimientos tóxicos suplican salir,
aunque ellos mismos me dicen que sólo sé escribir de mí.
Eso jamás me llevará al estrellato.
Pero yo vivo la vida desde la intensidad de la belleza,
desde una serie que me evade,
o desde una señora que sin conocerla me regala una charla intensa.
Ahí sigo creyendo en el ser humano.
Sigo perdiendo la fé.
Ojalá nos dijéramos más lo bueno,
deseáramos un buen día a quien nos presta encanto en su día de trabajo.
Una ensoñación,
mi mundo imaginario.
Un retrato en óleo del autor desconocido de mis alas marchitas por desencanto.